

## ELOGIO SINCERO DE LOS MEDIOS AUDIOVISUALES. UNA CLAUDICACIÓN

Alfredo López Serrano  
Universidad Carlos III de Madrid

No sólo la escuela primaria y secundaria, sino en general la estructura académica, ha perdido el protagonismo social e incluso el papel transformador que tuvo hace unas décadas. Frente a los nuevos medios, los profesores, los centros educativos, las universidades son incapaces de responder a demandas de una juventud cuyos puntos de partida son muy diferentes a los que se presuponen a la hora de diseñar los currículos y los métodos didácticos. Al mismo tiempo, la familia ha dejado de ser, en muchos casos, el referente fundamental en la formación de los niños y adolescentes. No es mi intención en esta comunicación profundizar en las razones de ello, pero sí constatar el vacío que el fracaso de estas dos instancias ha dejado y cómo ha sido suplido por la televisión, los videojuegos, la oferta audiovisual en *internet* y otros medios audiovisuales, que, mal o bien, dan alguna respuesta a estos jóvenes. Podría plantearse al revés, y tal vez acertaríamos con otro aspecto del proceso: este nuevo universo audiovisual ha causado el fracaso de la escuela.

Apoco que se aprecien las deficiencias en la formación emocional en los colegios e institutos, y la desestructuración vital de tantas familias, debe reconocerse que estos nuevos medios, con su constante apelación a los sentimientos y a lo emocional, son los principales educadores de las nuevas generaciones. Ni los desanimados padres ni los deprimidos profesores, por las razones que se aducirán, están en condiciones de competir con la televisión y otros medios audiovisuales, y todo lo que hagan con sus métodos actuales no será más que contraproducente a sus objetivos, en la mayoría de los casos, de lo que se deduce que si de verdad se quiere lograr que la educación mejore en calidad, debe tomar lecciones de estos nuevos espacios y aplicarlas en el desfasado entorno del aula, lo que es bastante difícil, debido a inercias decimonónicas muy arraigadas, y los profesores, no ya como profesionales sino como ciudadanos implicados en mejorar el futuro, harán mejor en destinar la mayor parte de sus esfuerzos y desvelos en lograr un reconocimiento social y mediático que hoy no tienen y cambiar de estrategias pedagógicas, si quieren participar en la educación de sus alumnos, más aun, si quieren ser atendidos mínimamente.

El autor de esta comunicación se declara harto de pertenecer al grupo de apocalípticos del que hablaba Umberto Eco (1984). Harto de predicar en el desierto, de decir a todo el mundo que se está abusando de los medios audiovisuales, de que no nos podemos fiar de los *mass media*, de que el consumo virtual va en detrimento de lo más vital de nosotros mismos. Y más harto aun porque soy incongruente con aquello que predicaba, ya que en el último año he visto un montón de televisión, películas y consumido otros productos pertenecientes a la gran industria audiovisual. Después de este tiempo me parece que uno puede pasarse la vida viendo películas y otras golosinas audiovisuales (Ramonet, 2000), sin más pretensiones creativas o laborales y, por supuesto, sin ningún tipo de remordimientos.

La mayor parte de las cosas interesantes que ven las personas de mi entorno son ficciones audiovisuales. Vivo en una ciudad que ya no es el lugar más hospitalario del mundo, ni desde él se va al cielo, como dice el slogan, salvo que se quieran añadir, como hace Galdós, los siguientes versos, a modo de aclaración: "De Madrid al cielo / pues es notorio / que para ir al cielo / hay que pasar por el purgatorio".

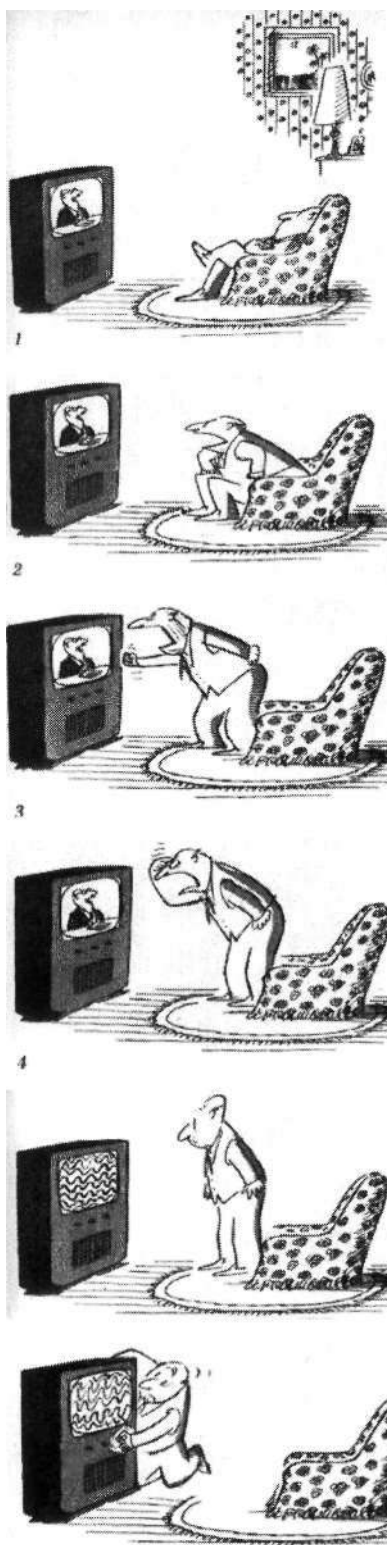
Un mundo de coches, de ruidos, de aires sucios, de caras tristes u hostiles, puebla el medio habitual en el que vivo. Frente a él, procuro rodearme de personas cercanas, con las que me siento un poco más aliviado, y me refugio en distracciones de todo tipo, pero casi siempre en el cine y la televisión. Naturalmente no es el único tipo de ficción en la que me desenvuelvo, pues debo incluir dentro de esta categoría muchos de los montajes y roles que ponemos en marcha para mantenernos a flote en esta jungla: el mundo laboral, las superestructuras burocráticas, el mundo artificial que hemos construido dentro de esa gran ficción que llamamos Estado del bienestar, sociedad democrática, Estado de derecho,...



Viñeta de Sempé (1973)

La televisión, las películas, los anuncios publicitarios y otros entretenimientos nos distraen con sus vidas soñadas, llenas de color y de sentimientos, frente a una vida gris, cuando no llena de miedos, nostalgia o desesperación. Un problema puede surgir, y es no ser capaces de vivir plenamente dentro de la ficción, ya que algunas realidades se nos cuelan al mundo virtual en el que vivimos en nuestros momentos de mayor receptividad, es decir, cuando llegamos a casa por la tarde-noche y antes de ir a la cama, con la aparente intención de intranquilizarnos. Los mensajeros de estas presuntas realidades aguafiestas, en realidad ilusiones construidas para crear la sensación de que estamos "informados", son recibidos normalmente con un *zapping* casi instantáneo; pero en contadas ocasiones llegan a influirnos lo suficiente como para detener nuestra inmersión en el fantástico mundo audiovisual, *soma* sin efectos secundarios aparentes, mejor que el cristianismo y la heroína (Huxley hubiera estado de acuerdo si hubiera conocido la televisión antes de escribir *Un mundo feliz*). El cine, la televisión, los videojuegos, independientemente de su calidad, han formado una nueva sustancia anímica que nos ha permitido elevarnos un peldaño en la historia del espíritu y situarnos vitalmente en ese semiparaíso semionírico que es la cultura audiovisual de masas.

No soy totalmente irónico cuando afirmo estas cosas. No es propio de los "integrados" la teorización sobre las ventajas de la televisión, sino que en medios universitarios y editoriales predominan los "apocalípticos", mucho más dados al desarrollo teórico. Pero esos mismos apocalípticos, mientras toman un café con amigos, dejan sus lamentaciones jeremíticas, consideradas un poco plumizas, y comentan las cosas curiosas que vieron el día anterior en la tele. Mis recientes pero profundas convicciones sobre las bondades de estos medios no puedo plantearlas de forma tajante, sino mediante el mismo tono nada categórico y levemente cínico que se utiliza en la televisión, poniendo en cuarentena mis juicios y retrasándolos *sine die*. Salvo si me dejara llevar por un afán polemista fuera de lugar, tampoco puedo hacer alabanzas incondicionales a mis nuevas cadenas, como el preso colgado por los pul-



Viñetas de  
Jean-Jacques Sempé

gares que aparece en la *Vida de Brian*, satisfecho de su destino, que no para de proclamar la grandeza de Roma. Se trata más bien de una claudicación de un tipo de ilustración libresca, excesivamente conceptual y alfabética, muy lejana a las preocupaciones de los jóvenes de hoy día, y lejanas ya también a mí mismo, transformado por la evidencia del error que consistía precisamente en mantener una postura muy definida y rígida en vez de cambiante, provisional y abierta a lo que sucede en el siguiente minuto, aderezado todo ello con mucho dolor, lo que tal vez hagan sospechosas a estas nuevas ideas, pues han nacido del sufrimiento, y habrá que contrastarlas cuando lleguen momentos de mayor sosiego.

Sin tener en cuenta cómo se sienten los profesores, lo cierto es que su profesión puede considerarse un fracaso hoy día en lo que respecta a su reconocimiento social, al contrario de lo que sucede con los deportistas, los periodistas, los cantantes o los cocineros. Estos últimos, por ejemplo, se han convertido en fenómenos mediáticos con amplia audiencia en televisión, es decir, con presencia y prestigio social, lo que hace envidiable su oficio en la mente de los jóvenes, que son las que cuentan para la formación de la realidad futura. Desde un punto de vista funcionalista parece claro que el papel de los cocineros está relacionado con el futuro turístico en España, pues de ellos dependerá una parte de la satisfacción de nuestros turistas más refinados. No sucede lo mismo con los químicos, los matemáticos o los lingüistas, que no aparecen en televisión y cuyas materias son tan difíciles de digerir por gran parte de nuestros alumnos de secundaria.

En este punto es inevitable la referencia a McLuhan, profeta de la decadencia de la letra escrita, un McLuhan revisitado, pues el lingüista canadiense nunca imaginó la dimensión de sus vaticinios y además se adelantó en el estilo con el que debe tratarse este tema: en términos cuasi-irónicos, una manera como cualquier otra de defendernos de lo inevitable. Y debe ser irónico el planteamiento pues falta una incógnita en la ecuación de la ilustración moderna: nada menos que el sentido de la vida. "Las cosas de este mundo no tienen importancia y quien así lo entiende conquista su libertad", escribía Albert Camus en su *Calígula*. El sentido de la vida, como tantas cosas antaño importantes, pasa a ser uno de estos juicios y conceptos pospuestos. No hay necesidad de plantear tajantemente las bondades o maldades de una dirección cultural determinada, ya que los viejos puntos fijos han desaparecido, o si aún subsisten, seguramente no tratan esos temas en el programa de televisión que estoy viendo en este momento. Y si no sale en la tele es como si no existiera.

Pero los profesores no parecen haberse percatado de ello. A propósito del triste papel de la escuela en la educación de los niños actuales, McLuhan y Fiore dicen lo siguiente:

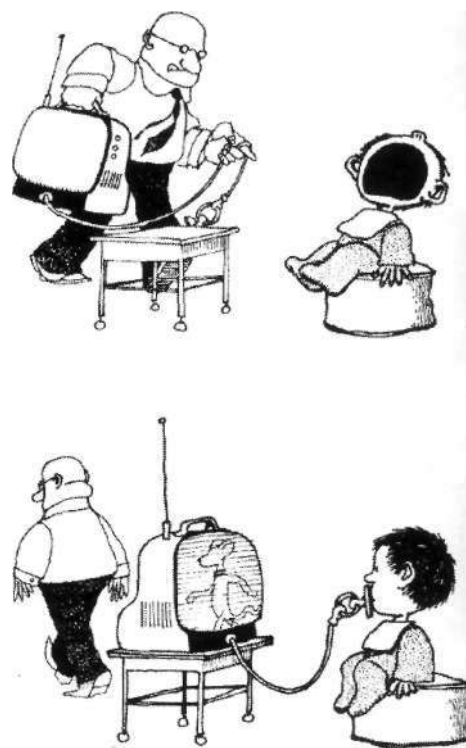
"Hay un mundo de diferencia entre el aula y el ambiente de información eléctrica integrada del hogar moderno. Al niño televidente de hoy se lo afina con el diapasón de las noticias 'adultas' al minuto: inflación, disturbios, guerra, impuestos, delincuencia, beldades en traje de baño, y queda perplejo cuando ingresa al ambiente del siglo XIX que caracteriza todavía al sistema educacional, con información escasa pero ordenada y estructurada por patrones, temas y programas fragmentados y clasificados". (McLuhan y Fiore, 1987)

Lo del traje de baño sería hoy un anacronismo en España, donde sabemos que más de un millón de menores ven la televisión fuera de las horas admitidas para ellos, y 200.000 la ven en su habitación de madrugada. Es difícil ponerle verjas al campo (no son otra cosa los llamados horarios infantiles), y resulta cínico esperar, como he escuchado en televisión recientemente, que sean los padres o la escuela la que eduque a los niños y jóvenes a ver la televisión, cuando ha sido la misma televisión la que contribuye a desautorizar los viejos papeles paternos o docentes. A efectos prácticos, muchos maestros, profesores y padres han perdido sus roles en la vida de los jóvenes, y sólo hemos dejado una televisión como sucedáneo; en consecuencia, como los adultos, muchos menores encienden la televisión al llegar a casa y en las comidas para obtener "un poco de compañía". Es inútil moralizar sobre el tema, la pregunta es qué falta en el día de estos niños para que sigan buscando hasta las tantas algo que llevarse a sus sueños. No nos fijemos en la noche, fijémonos en el día entero de los niños.

No sé hasta qué punto nuestra vida es gris a causa de que la televisión es tan luminosa, pero lo que cuenta es el resultado: nunca podremos igualar en nuestra vida las historias de amor que vemos en el cine, nunca habrá tan bellos paisajes, nunca seremos tan heroicos ni tan nobles como los eternos héroes del celuloide, ni tendremos esos cuerpos perfectos que tan sabiamente se construyen con iluminación y maquillaje. Pese a todo, adoptaremos la pose que nos enseñan; seguiremos el caminito que nos marcan adaptado a nuestra mediocre realidad.

¿Es rentable mantener durante toda la vida una lucha contra lo existente o es mejor situarse a una distancia prudencial frente a conceptos rígidos que pueden amargarnos la vida? La postura intelectual más "razonable" o ilustrada es la responsable de la producción de muchos monstruos, frente a un relativamente inofensivo *dejar hacer* burlón, aunque aparentemente sea poco responsable. Dicho de otra forma, es peligroso tener convicciones férreas, pues pueden oxidarse y tener un precio muy caro para su portador.

El éxito del cine, la televisión y el resto de nuevos medios de comunicación reside en que cubre necesidades (o carencias) de una humanidad que ha pasado sus crepúsculos durante miles de años escuchando historias o discutiendo frente al fuego. Siempre he confiado en el ser humano, incluso en la multitud; diría que sobre todo en la multitud (entro en el restaurante más lleno, pues si lo hace la mayoría de la gente por algo será) siguiendo un instinto colectivo, un tropismo salvador, pues esa es la función de los instintos. Es una especie de antielitismo, la constitución celular de la democracia. Siguiendo este



Quino (1990)

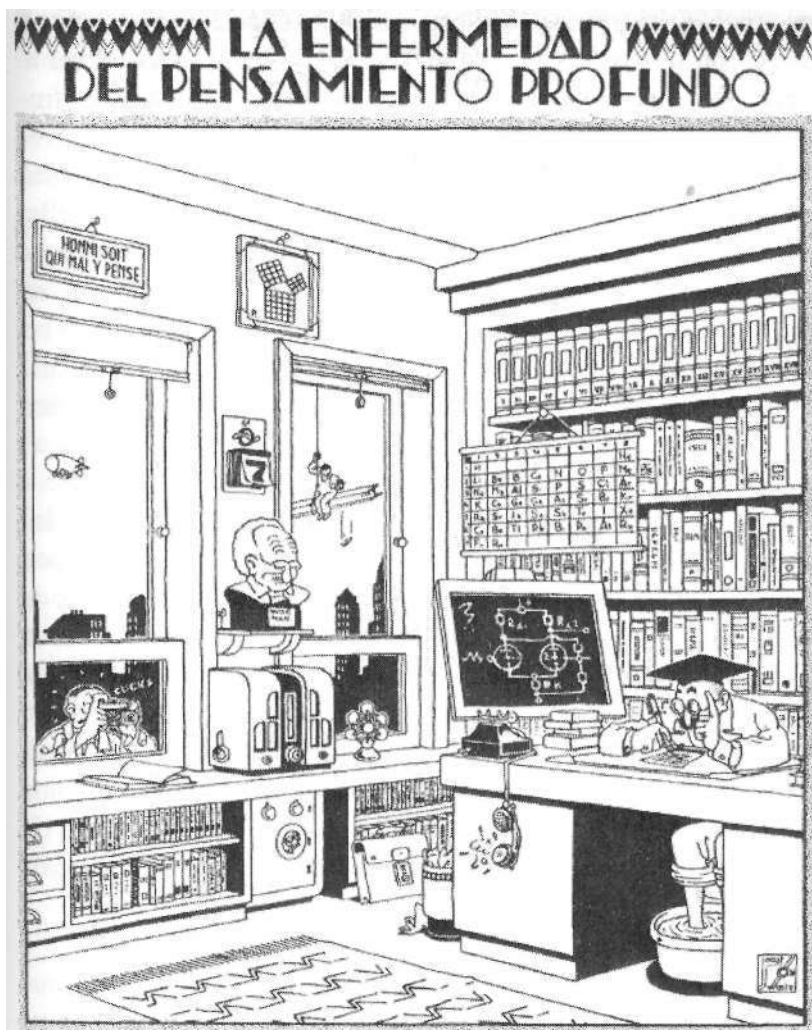


Ilustración de Joost Swarte

instinto, nos apuntamos al consumismo, y no soy el primero que digo que el placer del consumo es mayor que el de la creación, pues tantas veces este último es un camino sembrado de sufrimiento. Tratándose del consumo audiovisual (y virtual), el placer es doblemente satisfactorio. El concepto de democracia norteamericana se asienta en este principio de satisfacción y de placer, frente a la meritocracia de la vieja Europa, fuente de tantas desigualdades y conflictos, opiniones de Steiner (1999) que han levantado tanta polémica, tal vez por su fácil constatación histórica.

Hay un argumento más en contra del elitismo intelectual: frente a la apacible compañía de los que comparten los mismos contenidos, las mismas complicidades mediáticas, medidas por el viento de las ondas hertzianas, se levanta la soledad del lector de fondo, que sin duda reporta otros placeres a su poseedor, pero es fuente de muchos problemas de relación, de faltas de reconocimiento y apoyo social, y según vemos, un billete seguro hacia el aislamiento y la marginación. Lo saben nuestros alumnos más aplicados



Quino (1983)

de secundaria y algunos universitarios, que disimulan todo lo que pueden su condición de estudiosos (y futuros intelectuales, si no rectifican a tiempo).

Tal vez esta utopía audiovisual desenfadada, despreocupada y *feliz* no sea posible para los que ya estamos envenenados por los libros, pero con dos o tres generaciones de consumo audiovisual la humanidad llegará a disfrutar de este brillante simulacro que es la cultura audiovisual, como se disfrutó del simulacro que era la cultura lectora. Salvo don Quijote, cada lector siempre supo que una novela no era la realidad, y eso no le impedía disfrutarla. El grado de evidencia de la falsedad que se está presentando a través de los nuevos medios puede llegar a ser el mismo, y sin embargo disfrutar con ello. Pero es más, hoy tenemos que redefinir eso que llamamos realidad, poner en cuestión la presunta locura de don Quijote, pues la realidad no es otra cosa que lo que está en nuestras mentes, y lo que está en nuestras mentes son los contenidos televisivos. Se puede optar por otra realidad, por ejemplo, que no tengo el coche que anuncian en la tele, pero entonces se paga un alto precio en frustración, con lo cual cada vez más gente tiene una vida virtual, que con una oferta audiovisual creciente, puede ser más rica que la vida de carencias que nos envuelve.

Los nuevos medios permiten definir a la carta lo que queremos ver. En realidad, muchas de las cosas que se critican de la televisión pertenecen a su prehistoria, y están destinadas a desaparecer con los nuevos avances (televisión digital y a la carta, mayor amplitud de la oferta mediática, grabadores de DVD con gran capacidad de almacenamiento,...). Cuando llegó la televisión a nuestros hogares, la gente soñaba en blanco y negro. Ahora imagino que nuestros sueños son un batiburrillo de lo que nos pasa cada día contados según el estilo de los programas de televisión que veamos, siempre en un mundo de colores más intensos que lo que la presunta realidad cotidiana puede ofrecer. Volviendo otra vez al ejemplo de mi ciudad, ver el programa *Madrid desde el aire*, con los verdes subidos, los cielos limpios y la música de fondo, te evita la molesta contemplación del gris polvoriento de las obras habituales de sus calles y avenidas, te evita los atascos y ruidos. Disfruto más de mi ciudad en televisión que transiéndola todos los días, y casi me reconcilio con ella.

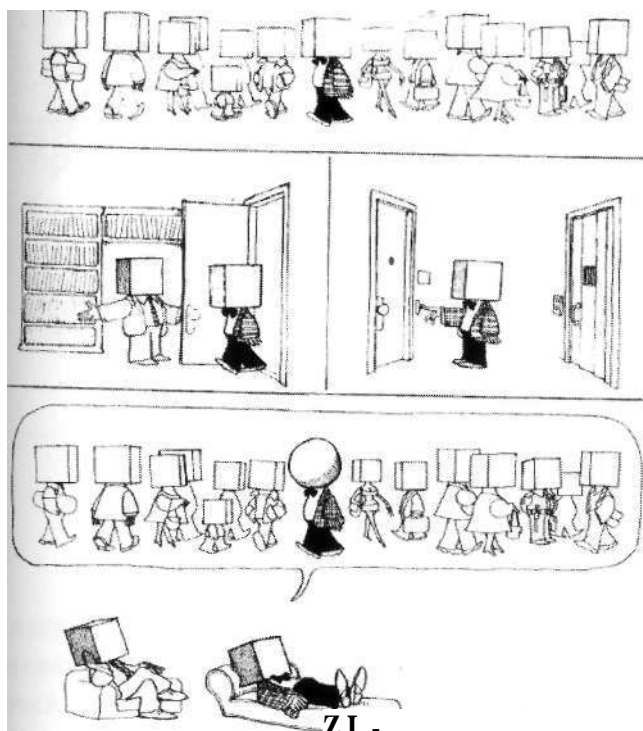
Por no hablar del valor ecológico de ver documentales, actividad mucho más sana para la naturaleza que viajar o hacer safaris fotográficos, menos destructiva que el turismo de cualquier tipo. Los niños que ven documentales, engatusados por sus padres, aprenden a amar la naturaleza, virtualmente claro, ya que sólo ocasionalmente saldrán al campo. La naturaleza que vemos en televisión es más amable que la otra, qué demonios, y lo será más cuando se perfeccionen los sistemas de representación virtual. Lo mismo podemos decir con respecto a la contemplación de la violencia: ver espectáculos violentos por televisión, sean películas o boxeo, reduce nuestra necesidad de manifestar la agresividad social, según descubrimiento de los romanos en sus juegos sangrientos. Si un pueblo tan desarrollado hubiera tenido televisión, no hubiera necesitado los combates de gladiadores ni arrojar víctimas a las fieras en el circo. Le bastarían los efectos especiales y la belicosidad simbólica del deporte actual televisado.

Se piensa que la presencia de violencia en el cine, la televisión y los videojuegos induce a la violencia en los jóvenes, pero es posible que sea lo contrario, que sin violencia virtual, la violencia en las calles, colegios y centros de ocio sería mayor. Una obviedad: antes de inventarse el cine o la televisión ya existía la violencia. Participar en un espectáculo violento, puede provocar las dosis de adrenalina necesarias para satisfacer al espectador, que de alguna manera (por delegación) ha participado en la escena violenta, sin los efectos secundarios de su participación directa. Otra forma de ver las cosas, más bien apocalíptica, es que habituar a los jóvenes al espectáculo de la violencia les predispone para ser reclutados en una posible guerra futura. No debe descartarse, pero los jóvenes que fueron reclutados al comenzar las dos guerras mundiales no habían jugado con videojuegos, ni visto televisión, y muy poco cine violento, y combatieron ferozmente contra sus enemigos. Asistimos, en cambio, a un problema importante de reclutamiento en España y otros países desarrollados; los jóvenes ya no quieren

pertenecer al ejército y, como otras profesiones subalternas, sus puestos comienzan a ser cubiertos por inmigrantes.

Un fenómeno reciente y curioso son las grabaciones, mediante la cámara del teléfono móvil, de peleas en colegios e institutos de enseñanza media que luego se cuelgan en *internet*. Muchos se rasgan las vestiduras contra la cultura audiovisual y se habla de prohibir los teléfonos móviles en los centros; otra verja al campo. Pero salvo el momento del *simulacro* de pelea, los jóvenes permanecen aparentemente tranquilos, aunque tal vez con la violencia contenida, que es lo que solemos denominar paz.

La televisión nos educa y nos prepara, como cualquier otro medio, para habituarnos a las frustraciones (para luego superarlas o sucumbir a ellas). Contemplar inocentes y hasta divertidos anuncios de televisión puede pagarse caro si uno pretende que haya alguna relación entre lo que se ve y lo que sucede al apagar el televisor, pues parece uno obligado a conseguir lo que se sugiere o resignarse a la frustración. Los mensajes han sido cuidadosamente elaborados e inculcados para que los que tengan poder adquisitivo suficiente paguen el coste del anuncio. Evidentemente, no todos pueden comprar todo lo que se anuncia, por lo tanto muchos tendrán que resignarse, o mejor, disfrutar con el consumo virtual, sólo viendo las imágenes, ni siquiera *imaginando* otra realidad, ya que no hay posibilidad para nada más que para esta contemplación cotidiana, para ese mundo fabricado para nosotros. Se trata de encajar que nunca podremos alcanzar la barroca utopía de los sueños televisivos, que no está en Europa, como tal vez creen los subsaharianos que, influidos por las series de las televisiones europeas, arriesgan sus vidas para llegar a Canarias. Nunca encontrarán el paraíso prometido, creado en los estudios de televisión. Las autoridades televisivas, por su parte, como ya hace la TV5 francesa, debería emitir más programas ambientados en África, para intentar contener allí a la población.



Quino (1991)

Mientras tanto, en la escuela se bosteza. La enseñanza constante de contravalores (el valor del estudio, del largo plazo, la importancia de compartir...), lo que muchos hemos intentado hacer en las escuelas durante tanto tiempo, ha de compaginarse con una sana inserción social, lo que pasa por instalarse firmemente en la realidad, y la realidad es hoy la de la televisión, los videojuegos, etc.. Lo otro, la tensión constante del arco de nuestra inteligencia, el lanzamiento de dardos de ingenio y esfuerzo contra una realidad que se aspira a transformar, puede llevar a que el arco se rompa o quede inservible, como sucede con los arcos siempre tensos. Al modo de las terapias orientalizantes que proliferan en la actualidad, lo más parecido a dejar la mente en blanco que hacemos en Occidente es ver la tele-

visión. No sólo en el mal sentido, ya que, como decíamos, es insalubre mantener la mente siempre en tensión.

El cerebro humano precisa de una programación, y ésta es revisada constantemente. A la reprogramación se le llamó en otros tiempos lavado de cerebro, pero hoy en día tenemos que reconocer que el lavado de cerebro es inevitable: lo hacen los padres, las escuelas, la televisión. Antes de entrar en los colegios los niños ya vienen educados, sobre todo por los medios de comunicación de masas, con lo cual la escuela no hace sino reeducar, tal vez corregir o reorientar... es decir, lavar el cerebro. La pluralidad televisiva podría rescatarnos del lavado de cerebro educativo, como cuenta el autor de *El florido pensil* al hablar de la liberación que suponía ver la tele frente a la realidad educativa franquista. Sigue vigente el poder liberador de la televisión, la apertura de mente que imprime frente a un sistema educativo trasnochado. Como antaño, hoy día la muchedumbre de jóvenes se aleja de las instituciones educativas, que no dan respuesta para su futuro profesional ni para su presente emocional y, a falta de mejores soluciones, se refugian en la televisión, los videojuegos, *internet*...

Parece evidente la necesidad de cambiar los planteamientos de nuestro actual sistema educativo: se haría mucho bien y se evitaría mucho mal a tantos y tantas jóvenes. Habría que hablarles en ese lenguaje que con tanta inteligencia se aplica en la televisión para que también se reciba con intelligen-



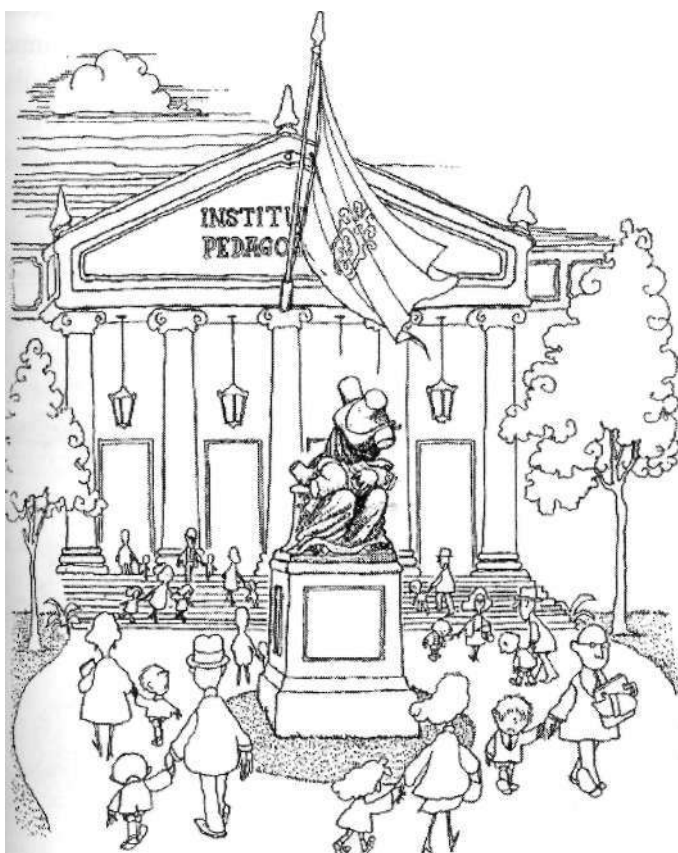
Quino (1990)

cia. Habría que usar los mismos medios (las mismas armas) para hablar de otros contenidos, si es posible menos alienantes que los habituales. Necesitaríamos profesores más preparados en los nuevos medios, convencidos de su eficacia liberadora, emancipados ellos mismos de un mundo intelectual anclado en prejuicios, los generados por los que se toman demasiado en serio los libros y no tienen en cuenta lo demás.

Pero intentar reformar el modelo educativo desde sus bases actuales es una causa perdida. Y lo paradójico es que muchas causas perdidas, aquellas que apenas si consiguen abrirse hueco en televisión



o no consiguen cambiar las leyes, acuden a las escuelas a ver si los profesores pueden hacer algo. A las escuelas acuden las causas de todos aquellos que no consiguen influir mediante otras instancias más persuasivas, y también los que no tienen o no están dispuestos a gastarse los cuantiosos recursos que requiere reprogramar a las masas. El gran reto de la reforma educativa es, en realidad, desmontar al completo el sistema educativo, algo que ningún político se plantea por la alarma social que esto crearía, porque los niños y jóvenes tienen que estar en algún sitio mientras sus padres trabajan o buscan trabajo. Se da por perdido casi todo lo demás. Una muestra de ello es que apenas se fiscaliza la labor de los profesores: ningún inspector de educación entra en las clases. Tan solo se exigen labores de guardería. En el fondo da igual lo que cada profesor haga dentro de su aula, pues lo más importante, por lo que te descuentan el sueldo si no lo haces, es por estar ahí con ellos. Si están entretenidos y se pasa bien, mejor, porque así no castigarán la autoestima de un maestro o profesor. Pero hace tiempo que muchos profesores y alumnos saben que los contenidos no son lo esencial.



Quino (1990)

Por el contrario, el atractivo de los contenidos televisivos es inmensamente mayor, lo que hasta cierto punto exime a la escuela actual de su responsabilidad, limitada por la escasez de sus recursos y la insuficiencia de sus medios comparados con la fuerza de los *media*. Además la televisión suple otras necesidades que las escuelas o las empresas en donde pasamos los días dejan insatisfechas, pues no se trata sólo de ver cosas en televisión, sino de "estar conectado". La televisión es un vínculo social, que ha de verse en directo para sentir sus efectos. La introducción del vídeo o del DVD en las escuelas ha sido un fracaso.

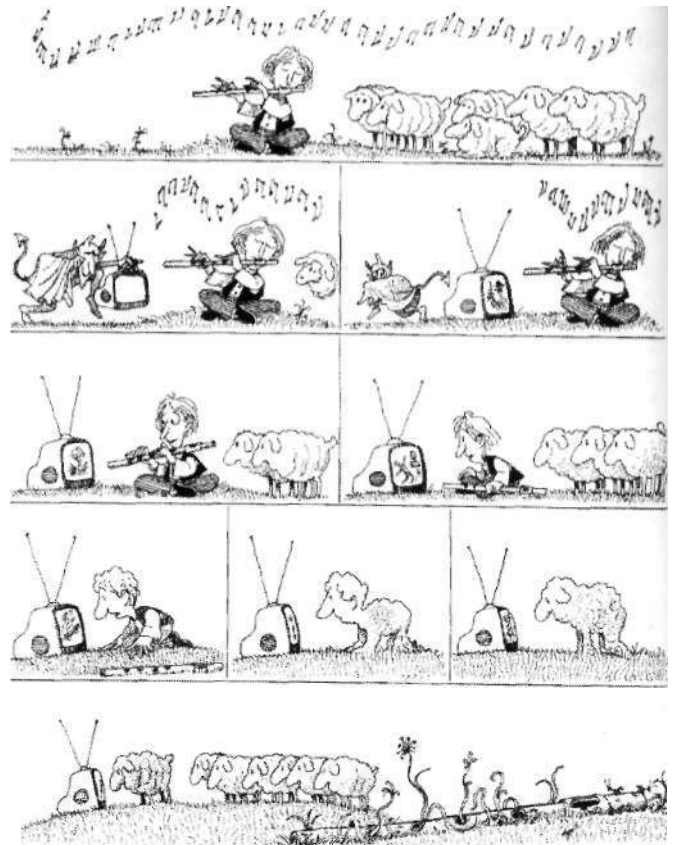
Hablando del vídeo (hoy lo haría del DVD), Furio Colombo (1976) afirmaba que nunca podrá sustituir a la televisión, pues *"tal vez ofrezca un espectáculo mejor, pero separa del circuito grande, del contacto con 'todo'. A no ser que uno se enrolle en la cruzada de una rebelión total y emigre en la separación de una vida, interior y social, completamente autónoma"*.

No se trata sólo de la forma en cómo se transmiten los contenidos, sino que muchos elementos emocionales y sociales que la televisión está transmitiendo y se han convertido en parte sustancial de nuestra vida y nuestra identidad. Podríamos inventar otra sociedad, dedicar lo que nos queda de vida a luchar fanáticamente por recuperar el mundo pretelevisivo perdido, o por alcanzar cualquier otro modelo social alternativo, pero nos dejaríamos la vida en el intento, y hay que valorar si compensa, reflexión que suele imponerse a determinada edad.

Parece claro que la televisión disminuye las necesidades de los espectadores en participar en la vida vecinal, sindical, política y hasta laboral, que la contemplación cotidiana de la televisión puede originar marginalidad, al menos ciertos tipos de subculturas marginales. Pero ya que lamentablemente aún no nos pagan por ver la televisión, casi está asegurado que todavía saldremos a la calle, salvo que encontremos el sustento en el teletrabajo, en la teletienda y en los teletodos.

En compensación por los peligros que corre, el televidente asiduo se siente integrado a un grupo social mayor, una nueva gran familia, tal vez esa aldea global de la que hablaba McLuhan, en la que se participa por el simple hecho de mantener el televisor en *stand by*. La ciudad está más tranquila cuando se televisa un partido de fútbol de esos que se llaman importantes, como sucede con los del campeonato mundial de selecciones nacionales. Parece que todo el mundo está pendiente de las pantallas mientras las calles permanecen semivacías: se trata de un momento glorioso, que se recuerda con placer, tanto si vieron el partido como si aprovecharon para dar un tranquilo paseo entre los gritos unísonos de los aficionados desde sus casas. Otros prefieren acudir a los bares para tener una sensación de "estar conectado" al juego más vivida o pasear con los auriculares de la radio. Son ejemplos de las nuevas formas de participación ciudadana inducidas por los *mass media*.

Si el ejemplo del fútbol no es válido en todos los casos, piénsese en la retransmisión del festival de Eurovisión, o en el concierto de Año Nuevo desde Viena, mediante los cuales otros conseguirán tener la misma sensación de conexión, aunque no tengan el mismo tirón mediático que el llamado deporte rey. Lo mismo podríamos decir de los videojuegos en red, que además de ese mundo de luz y sonido ofrecen unas señas de identidad, emociones, y una evasión con la que muchos jóvenes pasan la tarde sin darse cuenta.



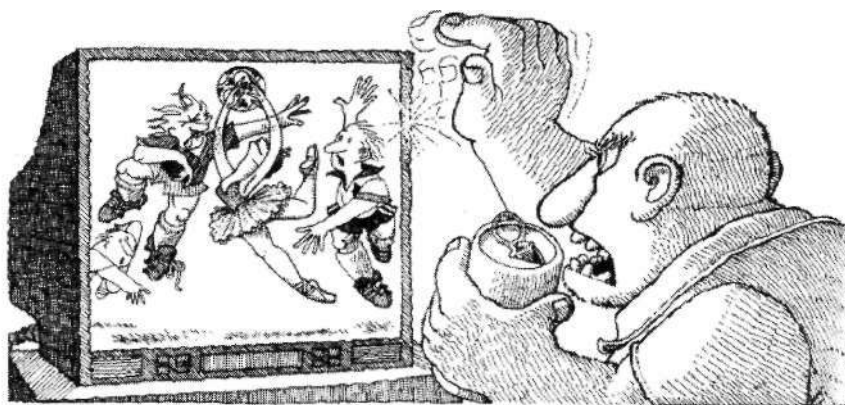
Quino (2002)

El consumo audiovisual, particularmente la televisión, suple de manera original algunas de las necesidades ancestrales del ser humano. El *zapping*, por ejemplo, es un residuo del dominio territorial del varón, su manifestación menos dañina para las sociedades actuales, así como un vestigio del nomadismo primitivo. Con este merodeo virtual compensamos el frecuente sedentarismo de las sociedades postindustriales, un reequilibrio que hacen posible los nuevos medios. Las sanas llamadas a que se pasee y se haga ejercicio tienen también algo de causa perdida: el instinto del ser humano (y el del perro) le conduce a merodear buscando algo, y resulta demasiado aburrido ir y venir sólo por ejercitarse. Alguien ha llegado a instalar su bicicleta estática delante del televisor, para matar dos pájaros de un tiro, pero en poco tiempo el artilugio sólo le sirve para colgar las camisas en el salón, mientras ve plácidamente la tele desde el sofá. Al llegar a casa, en breve tiempo estamos acomodados ante la pantalla del televisor. Repasamos con el mando a distancia los canales "a ver qué hay" y cuando tenemos una visión más o menos completa, nos decidimos a oír, pero sobre todo a *ver* alguna cosa. Parece ser más propio de los hombres necesitar esta visión de con-

junto antes de decidirse por un canal, lo que a veces puede durar toda la sesión televisiva, mientras las mujeres son más fieles a una sola cadena o les interesa el desarrollo de un solo programa. Son formas diferentes de lograr ese "sentirse conectado". Esta sensación de pertenencia al grupo puede ser tan fuerte que el asiduo telespectador puede verse anulado como individuo y reaccionar rechazando la televisión mediante críticas a los contenidos o presumiendo de estar al margen. Pero además de satisfacer la necesidad de pertenecer a una comunidad, la televisión respeta paradójicamente la individualidad, pues el acto de ver la televisión es una decisión individual realizada en el ámbito privado. De ahí la dificultad para que caracteres fuertemente individuales renuncien a una actividad aparentemente tan individualista que, sin embargo, y por suerte para ellos, les conduce de nuevo al redil.

A determinadas horas, es tal la muchedumbre que mira hacia las pantallas que uno se siente tentado a pensar que sería sencillo echarnos a todos a la calle, movilizar en bloque a la población, pues bastarían programaciones aburridas, molestas o poco populares (me viene a la mente un concierto de música clásica del siglo XX), o, como ha sucedido en nuestra historia reciente, cuando se hace un mal periodismo o se nota mucho la manipulación o la censura.

En televisión se tolera mal lo demasiado didáctico, ejemplar o moralizante. Normalmente provoca falta de interés e incluso rechazo. Para mantener la atención (y los niveles de alerta y *stress* necesarios para la asimilación de conceptos) se sigue optando en las escuelas por las calificaciones en forma de premios o de castigos. En cambio, entre los contenidos televisivos proliferan los conflictos, las curiosidades, lo distraído, chocante, anecdótico o trasgresor, con la ventaja de que no exige al espectador ningún compromiso o toma de postura. No sólo son cualidades por las que la televisión se hace atractiva y nos induce a repetir la experiencia día tras día, sino que tiene un efecto formador de primera magnitud, generalmente en sentido contrario a lo que vemos. Contemplar la violencia puede aplacar nues-

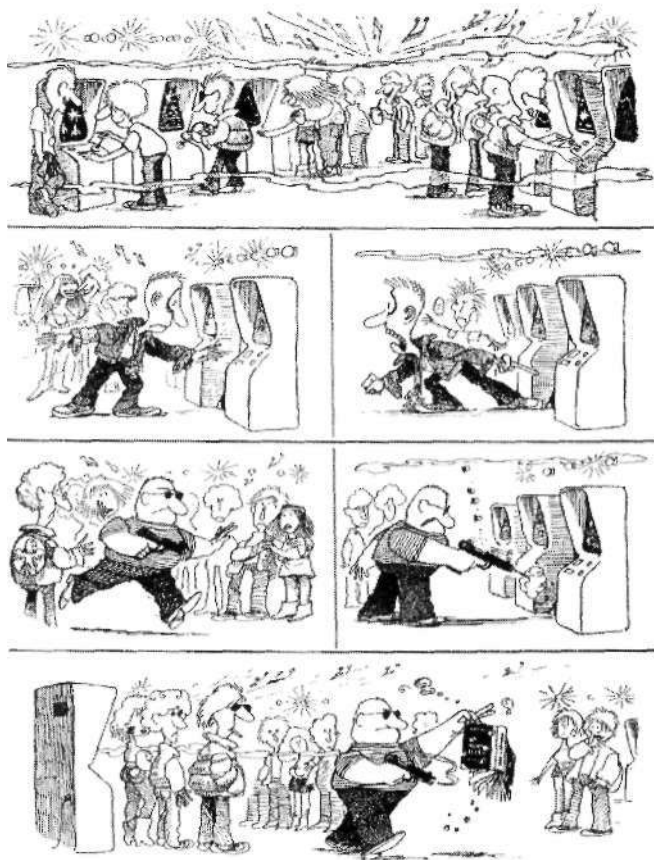


--//OTTIRA VEZ LA MALDITA INTERFERENCIA DEL MALDITO CANAL CULTURAL!!

Quino (2002)

tros posibles comportamientos violentos o, al menos, retrasarlos, como ya indicamos antes, pero no se puede descartar que suceda lo contrario en determinados casos, y lo mismo puede suceder con programas en donde hay insultos u obscenidades. No está claro su efecto sobre la colectividad, en términos estadísticos y a largo plazo, pues depende de otros factores que los espectadores imiten estas conductas o hagan justamente lo contrario.

En las cuestiones emocionales, la televisión desbanca con rotundidad a la escuela, pues en las instancias académicas apenas si se prepara a los niños y jóvenes en esa inteligencia emocional que tienen que desarrollar por su cuenta. Poco se habla en el colegio y en el instituto de los sentimientos, que



Quino (1990)

parecen congelarse de golpe al entrar a clase. Alguna vez quizás, un profesor trate el tema de las emociones y de los sentimientos con mayúscula, pero no por ello va a interesar más a los alumnos, que necesitan su ración diaria de emociones y sentimientos para vivir ¿Quién proporciona a los jóvenes esa dosis de emociones cotidianas? Además de los amigos, sobre todo el cine, la televisión, los videojuegos, y cada vez menos los libros y la familia.

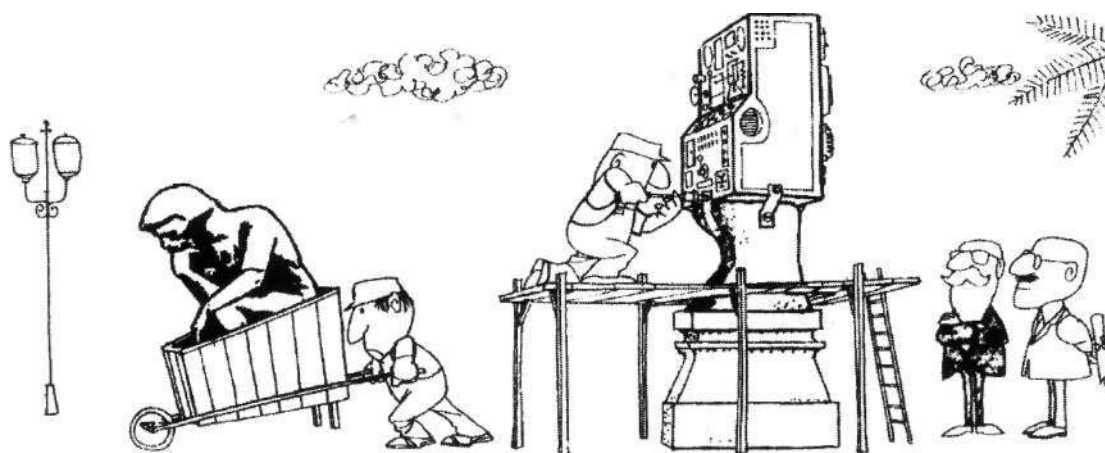
Por estas nuevas vías audiovisuales se suplen las apatías en la cotidianeidad, tal vez porque estamos alimentados emocionalmente con los simulacros y ya nos hemos desacostumbrado a reaccionar ante lo que nos pasaba en eso que aún llamamos mundo real. Hoy lo cotidiano no es sino el soporte o la pantalla más o menos gris donde se proyecta nuestro mundo fantástico, hecho de héroes audiovisuales (como antaño la vida de los hombres estaba destinada a la alabanza de sus dioses), donde se ejemplifican los sentimientos expresados en tal película, donde se contiene la rabia que reservamos para el videojuego sangriento (como *Half-life* o tantos otros).

La contemplación cotidiana de la televisión, con sus conflictos y desastres tanto como con sus documentales didácticos, puede ayudarnos a calmarnos con el pensamiento tranquilizador de que estamos haciendo y viendo lo que todo el mundo hace y ve. Que como el protagonista de la película *Bienvenido Mr. Chance* (1987) todo lo necesario para vivir puede aprenderse en televisión, y que a través de ella podemos llegar, por qué no, a la sabiduría. Para Furio Colombo (1976):

*"La visión sugiere el control. El control distribuye una sensación de orden en el desorden, de presencia en la ausencia, de lleno en el vacío, de razón en el desastre y en la locura. La televisión recompone un mundo lacerado por contradicciones y heridas, algunas de ellas tan profundas que no es posible curarlas en el curso de una época, o en la duración de una vida humana. Esta recomposición se convierte en norma de vida"*

Hasta aquí lo que puede hacer la televisión en situaciones normales. Pero si la vida se hace insostenible, la televisión y sus variantes ofrecen una especie de hibernación a la que uno puede entregarse, una evasión menos destructora que otras muchas que nos ofrece la vida urbana actual. Desgraciadamente, ésta es una situación más frecuente que lo que sería deseable, y en las condiciones actuales no hay muchas alternativas reales a los que están inmersos en un proceso de destrucción física, ruina económica o moral, o desesperación vital. En teoría uno podría irse a vivir al campo, o al Océano Pacífico, o a la India, enrolarse en la organización de la madre Teresa en Calcuta, etc. pero en la práctica pocos van a tomar esas decisiones, sino que van a apaciguar sus miedos viendo la tele tranquilamente. Y los niños y jóvenes, de paso que están perdidos o semiabandonados, aprenderán en televisión, de forma eficaz y sin darse cuenta, sin repasar antes del examen y sin notas finales, algunas cosas importantes que marcarán su vida.

Estas nuevas reglas del juego educativo deberían ser conocidas por los profesores, no sólo en su calidad de profesionales, sino como ciudadanos comprometidos con el futuro (pues eso ha sido y será ser profesor), que tienen la posibilidad de conocer cómo están configurados mentalmente sus alumnos y cómo utilizar los medios audiovisuales para lograr su misma efectividad, e incluso cómo rebasarlos en calidad, interacción grupal y en proyección emocional. De momento, seguimos manteniendo las antieconómicas aulas y clases, ese lujo, ese espacio privilegiado donde se puede decir cualquier cosa porque apenas va a tener relevancia social, es decir, no va a salir en televisión, lo que equivale casi a no existir. Pero esto no va a durar mucho, y nuestra profesión se va a transformar, para lo cual tendremos que revisar nuestros prejuicios librescos y luchar contra ellos al percibir el nuevo escenario y vislumbrar más eficientes vías de acción educativa. Entre otros vicios, los profesores deberíamos, tal vez, abandonar el tono sentencioso que tan mal cuadra con las ideas relajadas y verdaderamente asimiladas, con los intentos de una comprensión interna de los fenómenos. El *tono académico* no se coordina bien con la alegría y las ganas de vivir: el camino hacia la tolerancia frente al espectáculo diario de la vida pasa por no tomarse todo demasiado a la tremenda. Algunos considerarán banal al hecho de ver la televisión e importante estudiar y lanzar discursos solemnes. Pero lo que de verdad importa es que cada uno encuentre su lugar en la vida, y que ésta pase con la levedad que le sea posible y le permita la programación televisiva de cada día.



Quino (1963)

## REFERENCIAS MEDIÁTICAS

Ashby, Hal -director del film- (1979): *Bienvenido Mr. Chance (Being there)*.

Camus, Albert [1944](1997): *Calígula*. Buenos Aires, Losada.

Colombo, Furio (1976): *Televisión: La realidad como espectáculo*. Barcelona, Gustavo Gili.

Concierto de Año Nuevo desde Viena, Retransmisión anual.

Festival de Eurovisión, retransmisión anual.

*Half-life*, videojuego: <http://www.hl2spain.com/>

Huxley, Aldous [1932](1992): *Un mundo feliz*. Barcelona, Plaza&Janés

Jones, Terry -director del film- (1979): *La vida de Brian (Monty Python The Uve of Brian)*.

*Madrid desde el aire*: Programa de televisión en Telemadrid.

McLuhan, M. y Fiore, Q. [1967] (1987): *El medio es el masaje. Un inventario de efectos*. Barcelona, Paidós.

Quino -Joaquín Salvador Lavado- (1963): *Mundo Quino*. Buenos Aires, Ed. del Tiempo.  
(1983): *Gente en su sitio*. Barcelona, Lumen.  
(1990): *Potentes, prepotentes e impotentes*. Barcelona, Lumen.  
(1991): *Humano se nace*. Barcelona, Lumen.  
(2002): *¡Cuanta bondad!* Barcelona, Lumen..

Ramonet, Ignacio (2000): *La golosina visual*. Madrid, Debate.

Sartori, Giovanni (2001): *Homo videns. La sociedad teledirigida*. Madrid, Taurus

Scheurmann, Eric (1977): *Lospapalagi*. Ilustraciones de Joost Swarte. Barcelona, Integral.

Sempé, Jean-Jacques (1973): *Sálvese quien pueda*. Madrid, Fundamentos.

Sopeña Monsalve, Andrés (1995): *El florido pensil (Memoria de la escuela nacional-católica)*. Barcelona, Crítica.

Steiner, George (1997): "Los archivos del Edén" en *Pasión intacta: Ensayos 1978-1995*. Madrid, Siruela.

Teresa de Calcuta, religiosa de origen albanés, Premio Nobel de la paz,  
<http://www.moherteresacause.info/indexspa.htm>